

dor entero para darse á otros que lo soliciten con devoción.

En último término, el *pez puesto sobre unas brasas, en Tiberíades* es uno de los más adecuados y generales emblemas del Misterio eucarístico. Jesucristo Nuestro Señor para confirmar su presencia ante sus discípulos, quienes en aquellos momentos habían logrado numerosa pesca, dispuso que al salir éstos del barco hallasen en la playa puesto sobre unas brasas un hermoso pez. En este pasaje encontramos muchas de las circunstancias pertenecientes al Sacramento de los altares: Jesucristo, el pez puesto sobre unas brasas, los discípulos que saltan del barco á la invitación que les hace el Salvador para que coman, la refección. Jesucristo es quien dispone la comida eucarística figurada por un pez asado, es el mismo Jesús frito ó asado con los tormentos de su pasión dolorosa, los discípulos que parten del mar borrascoso del mundo para tomar esa refección eucarística, ¡qué cuadro tan grandioso!

Es de advertir que los primitivos cristianos, merced sin duda al hecho bíblico referido, solían pintar y esculpir en los sarcófagos de las Catacumbas al pez colgando de un hilo, ó nadando sobre las frescas aguas y llevando sobre sus espaldas un cestito con cinco panes y un objeto rojizo entrevisto en el cesto; simbolizaban con esta pintura la santa Eucaristía; el pan y el vino consagrados. Los más célebres anticuarios ven en el pez á Jesucristo Sacramentado y no hay duda que los primitivos artistas cristianos tomaron el argumento del pez hallado en la playa de Tiberíades para figurar el santo Sacramento del Altar, encontrando al propio tiempo un excelente medio para ocultar á los profanos la significación del Misterio eucarístico.

Al terminar el presente capítulo debemos elevar nuestra consideración á las alturas para admirar la sabiduría divina que nada dejó de hacer para testimoniar á la inteligencia humana sus divinos Misterios. Símbolos, vaticinios, realidad, prodigios en corroboración del hecho, recompensas y castigos: he aquí toda la obra de Dios para afianzar al hombre su doctrina revelada.

CAPÍTULO IV

Los libros del Pentateuco, Josué, Reyes, Paralipómenos, Macabeos, Proverbios, Sabiduría y Eclesiástico, bosquejando varias grandezas de la Eucaristía.

Después de los místicos emblemas pasemos á estudiar las notables profecías. Son por demás bellísimos los venerandos textos de las Sagradas Escrituras acerca del Sacramento del Amor.

«Pondré, dice Dios á su pueblo escogido, *mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desechará mi alma. Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo* (1). El Señor se refiere indudablemente por este admirable pasaje al tabernáculo que Moisés debía de construir para ofrecer los supremos honores divinos, en el que deberían custodiarse como en relicario santísimo el Arca del Señor y la gloria del mismo Dios, que es á lo que aluden las palabras: *estaré en medio de vosotros*. Hemos visto, empero, en el anterior capítulo que el tabernáculo y sus sagradas partes eran perfectos símbolos de la Eucaristía. Ahora bien: ¿podrá negarse que semejantes palabras revelan en sentido místico-profético el Tabernáculo de la Nueva ley? No, en verdad; pues dice: «Pondré *mi tabernáculo en medio de vosotros*,» tabernáculo que había de encerrar

(1) Ponam tabernaculum meum in medio vestri et non abjiciet vos anima mea. Ambulabo inter vos, et ero Deus vester, vosque eritis populus meus. Levit. XXVI, 12.

dentro de sí el Pan divino, dado para la vida del mundo. «No os desechará mi alma». Por cierto que Jesucristo no nos desechó, porque aunque por nuestros propios pecados merecíamos que nos despreciase, no obstante, con su caridad nos redimió de la esclavitud miserable en que vivíamos y nos dió para nuestro sustento sus adorables Cuerpo y Sangre.

Pero dice más. «Andaré entre vosotros». Sublime profecía, y promesa al mismo tiempo, de lo que se ha realizado. ¿Quién no descubre en estas bellas palabras á Jesús sacramentado, expuesto en nuestras iglesias, llevado en procesión por las calles y plazas y entrando en nuestras casas, cuando nos visita por Viático Santísimo? «Andaré entre vosotros». Miradle como anda, podíamos exclamar, y como cumple su promesa. «Seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo». Indecible amor de Jesús. Para nada nos necesita y sin embargo afirma que seremos su pueblo; pueblo privilegiado porque goza de la suma prerrogativa de poseerle en sus altares, de participar de su Carne y Sangre, de compartir su celestial herencia, de ser su hijo, su amigo y su hermano.

Sobre las palabras del libro del Genesis (1): «Melquisedech rey de Salem presentó pan y vino, porque era sacerdote del Dios Altísimo,» exclama S. Cipriano (2): ¿Quién es el sacerdote del Dios Altísimo, sino Nuestro Señor Jesucristo que ofreció el sacrificio á Dios Padre, y ofreció, lo mismo que Melquisedech había ofrecido, á saber: pan y vino, convirtiéndolo en su Cuerpo y Sangre?»; á continuación añade que, siendo el pan y vino de Melquisedech figura del sacrificio de Jesucristo, este mismo Señor, que es la plenitud de la ley, ofreció el pan y el cáliz con vino, llenando y perfeccionando de este modo las antiguas figuras, es

(1) At vero Melchisedech rex Salem, proferens panem et vinum, erat enim sacerdos Dei Altissimi. Genes. 15, 18.

(2) ¿Quis magis sacerdos Dei summi, quam Dominus noster Jesus Christus qui sacrificium Deo Patri obtulit, et obtulit, hoc idem, quod Melchisedech obtulerat, id est, panem et vinum suum scilicet corpus et sanguinem...? Quam rem perficiens et adimplens Dominus panem et calicem mixtum vino obtulit, et qui est plenitudo, veritatem prefiguratae imaginis adimplevit. S. Cyprianus. Epist. 2 ad Cccilium. Lib. 2 sub initium.

decir, haciendo de este pan y vino, su Carne y Sangre.

Al fijar Dios al pueblo de Israel los ritos que debía de emplear en el sacrificio del cordero, le decía (1): «El cordero será sin mancha»; texto que alegóricamente conviene sólo á la Eucaristía como sacrificio, porque como dice Orígenes (2): «Solamente aquel cordero está sin mancha, que no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca y que se ofreció á la puerta del tabernáculo. A la puerta del tabernáculo, no es dentro de la puerta, sino fuera de ella. Fuera de la puerta, pues, estuvo Jesús que, siendo Dios, vino al mundo revestido de la humanidad y los suyos no le recibieron, y allí mismo fué donde se ofreció en holocausto» y explicando esto mismo Sto. Tomás añade: «El becerro y el macho de cabrío cuya sangre había sido introducida en el santuario del tabernáculo para la expiación del pecado, eran quemados fuera del campo, sin que fuese permitido á los sacerdotes comer su carne.»

Estas víctimas representaban á Jesucristo y para que se cumpliera esta grandiosa figura, fué conducido Jesús fuera de Jerusalén, á consumir su sacrificio. Y esta es la verdadera víctima que misteriosamente comemos los cristianos en el altar, donde cada día es inmolado.

(3) «Tomad el cordero, prosigue el Señor, é inmolad la Pascua; mojad un manojo de hisopo en la sangre que está en el umbral y rociad con ella el dintel y los dos postes de vuestras casas». Advirtamos que la sangre á que se refiere el Señor es la del mismo cordero degollado. ¡Qué bella figura de la sangre de Cristo vertida en la Cruz, y de la del cáliz consagrado! Los que beben esta última rocían las puertas de sus corazones, con objeto de que el enemigo

(1) Erit autem agnus absque mácula. Exod. 12, 5.

(2) Solus ergo ille masculus solus sine mácula est, qui peccatum non fecit, nec dolus inventus est in ore ejus... offertur ad ostium tabernaculi. Ad ostium tabernaculi non est infra ostium sed extra ostium. Extra ostium fuit Jesus qui in sua propria venit, et sui non receperunt... sed ad ostium ejus oblatus est in holocaustum. Orígenes, hom. I super c. I. in Levit.

(3) Ite tollentes animal... et immolate Phasc. Faciendumque hissopi tingite in sanguine qui est in limine, et aspergite ex eo superliminare et utrumque postum. Exod. 12. vv. 21, 22.

tiemble al pretender acercarse á este santo lugar, santuario precioso de la Carne y Sangre de Jesucristo.

(1) «*Todo lo que ofrecieres en sacrificio, añadía el Señor, será sazonado con sal y no quitarás de tu sacrificio la sal de la alianza.*» Esta sal de la alianza es Jesucristo, según entienden los sagrados intérpretes, la cual sazona nuestro Sacrificio augusto, y así como la sal preserva las viandas de corrupción y las convierte en sabrosas, del mismo modo, siendo Jesucristo la Hostia del Sacrificio de la Nueva Ley, lo preserva de toda mínima imperfección cual no solían tener los sacrificios antiguos; además, le hace tan sabroso á su Eterno Padre, que se le puede aplicar propiamente lo que en el Éxodo dice el Señor de los sacrificios viejos: (2) «*Olor suavísimo de la víctima del Señor.*»

Las hostias que por el pecado se ofrecían en la antigüedad conferían únicamente la santidad legal y exterior, porque respecto de la interior figuraban que debía ser otorgada por la pasión del Cristo que había de venir; eran, sin embargo, impetratorias de la gracia divina debido á la fe que los hebreos tenían en el Cristo, y de hecho causaban la gracia *ex opere operantis*. Pero la preciosa Hostia que se ofrece en nuestros altares, cuando es recibida sacramentalmente, concede *ex opere operato* la segunda gracia ó sea, la gracia de este Santo Sacramento y cuando es ofrecida en el sacrificio de la Misa, otorga esas sumas de bienes celestiales que mencionaré en su lugar correspondiente, lo cual hace exclamar á Orígenes (3): «¿Cuál es esa Hostia que se ofrece por los pecados y es el santo de los santos, sino el Unigénito Hijo de Dios, mi Señor Jesucristo? Él sólo es la hostia por los pecados y Él mismo es hostia santa de los santos y también el sacerdote que ofrece la Hostia».

(1) Quidquid obtuleris sacrificii, sale condies, nec auferres sal fœderis. de sacrificio tuo. In omni oblatione offeres sal. Levit. 2, 13.

(2) Odor suavissimus victimæ Domini. Exod. 29, 18.

(3) Quæ est hostia quæ pro peccatis offertur et est sancta sanctorum, nisi Unigenitus Filius Dei D. meus J. Christus? Ipse solus est hostia sancta sanctorum, et etiam sacerdotem qui offerat hostiam. Orígenes in Levit.

«*Fuego arderá siempre en mi altar*» (1). «*Este es el fuego perpetuo que nunca faltará en el altar*»; (2) decía el Señor. ¿Cuál es este fuego, Dios nuestro?... Contesta Orígenes; advirtiéndole que «Jesucristo es el fuego que consume, porque destruyó los pecados en el holocausto de la Cruz»; pero notemos que el mismo Salvador dijo por S. Lucas (3): «*Fuego vine á poner en la tierra. ¿Y qué quiero yo, sino que arda?*» Ahora pregunto; ¿dónde está ese divino fuego? Si Jesucristo es fuego abrasador como hemos visto, por Orígenes, y si este foco de celestiales ardores se halla en la tierra; ¿en qué parte de la misma estará? Sabemos que Jesucristo se ha aprisionado en los tabernáculos de nuestros altares, luego en ellos debe de estar el fuego santísimo que abrasa y consume á las almas en el amor de Jesús. Por esta razón exclama el Salvador. «*Y qué quiero yo sino que crezca este fuego?*» Así como las llamas, particularmente si están bien alimentadas, intentan devorar los objetos cercanos á ellas, así nuestro amorosísimo Señor, en el Sacramento adorable, alimentado con los vivísimos fulgores de su caridad infinita, desea devorar también á las almas, con el fin de que no sean otra cosa que imágenes claras de su santidad y pureza. Conceptos que son declarados por el Señor cuando, amonestando á Moisés para que guarde el divino pacto establecido entre los dqs, añade en el Deuteronomio (4): «*Porque el Señor Dios tuyo es fuego consumidor, Dios celoso*», y como dice S. Agustín, es Dios celoso, porque ama nuestras almas, ó porque no quiere tener otro competidor ó rival en el amor, sino ser sólo Él sumamente adorado y amado.

Deseamos muchas veces manjares perniciosos para nuestras almas y repetimos á menudo las palabras del pueblo israelítico. «*¿Quién nos dará carnes para comer?*» (5).

(1) Ignis autem in altari meo semper ardebit. Levit. 6, v. 12.

(2) Ignis est iste perpetuus, qui numquam deficiet in altari. Levit. 6, v. 13.

(3) Ignem veni mittere in terram et ¿quid volo nisi ut accendantur? Lucæ 12, 49.

(4) Quia Dominus Deus tuus ignis consumens est, Deus æmulator. Deuter. 4, 24.

(5) Quis dabit nobis ad vescendum carnes? Numer. 11, 4.

Pero nuestro Señor, dispuesto siempre á satisfacer nuestros buenos deseos, nos contesta con las palabras que Él mismo empleó al instituir el Santísimo Sacramento: «*Tomad y comed, porque este es mi Cuerpo*» (1). El insensato pueblo que solicitaba carnes indeterminadas para nutrir sus cuerpos, vió cumplidos sus insolentes deseos poco después con el milagro que obró Dios, haciendo que un fuerte viento arrebatara una multitud inmensa de grandes codornices del mar Árábigo y las dejara caer sobre el campamento, para que comieran á satisfacción los hijos de Jacob; mas como anota con mucha propiedad un autor: «Dios, por el antiguo Testamento nos quiso enseñar algo más que meras historias» (2), de aquí, este texto que alude á la petición de carnes, vése mejor cumplido en el Nuevo Testamento, cuando á las palabras susodichas, añade Sto. Tomás las del Salvador: «*Tomad y comed, porque este es mi Cuerpo*» (3).

Todas estas sagradas autoridades que he insertado y las que voy á transcribir ahora se refieren indudablemente á la Eucaristía. En la ruidosa toma de Jericó parece que veo al Sacramento Santísimo en medio de aquellos aguerridos soldados cristianos, cuando hacían frente á los enemigos de Cristo y peleaban por la fe. Refiere á propósito, el libro de Josué, que el Señor, al mandar que los israelitas tomasen aquella formidable plaza, ordenó también que los sacerdotes llevasen como de vanguardia el Arca de la Alianza y que otros siete sacerdotes anduvieran tocando las argentinas trompetas delante de la misma, asegurándoles que á los siete días se desplomarían los terribles muros de la ciudad y se apoderarían de ella. Así lo ejecutó Josué, repitiendo las palabras del Señor á los sacerdotes: «*Tomad el Arca de la Alianza, y otros siete sacerdotes tomen las siete trompetas del jubileo, y vayan delante del Arca del Señor*»; y dijo asimismo al pueblo: *Id y dad vuelta á la ciudad armados,*

(1) Accipite et comedite: Hoc est corpus meum. Math.

(2) Deus per vetus Testamentum aliud nos docere voluit quam meras historias. Schoupe. De interp. Scrip.

(3) En el oficio del Corpus.

yendo delante del Arca del Señor.» (1). Cuando estos necesarios requisitos se hubieron cumplido, consiguieron el fin que el Dios de Israel se había propuesto; á saber: la destrucción de Jericó. Mas estos conmovedores sucesos eran un feliz prelude de lo que en determinadas ocasiones se había de obrar en el Nuevo Testamento. Las campañas universales, emprendidas contra los turcos, nos dan una sobresaliente idea de que la realidad fué un exacto cumplimiento de las figuras antiguas. Los cruzados, al estar sobre las armas, fijaban su ansiosa mirada en el Dios del Sagrario que presente estaba sobre la carroza eucarística y con el apoyo de tan seguro baluarte, caminaban á hacer frente al enemigo; con Él peleaban sin tregua y podían lanzar de los campos cristianos las formidables huestes musulmicas. Otras veces, cuando no llevarían consigo la santa Eucaristía, vencidos tal vez del temor de los sarracenos, la pedirían con vivas ansias, exclamando con los ancianos de Israel. «*Traigamos el Arca de la Alianza del Señor y venga en medio de nosotros, para que nos salve de la mano de nuestros enemigos*» (2).

Otro de los rasgos poéticos de que se precia nuestra Religión Cristiana en la suntuosa procesión del Corpus y que antiguamente se practicaba es el de permitir las danzas y coros musicales, que reverentemente bailaban y cantaban en dicha procesión, adorando á Jesús Sacramentado. Festiva idea, tomada de aquel hecho famosísimo que registra el segundo libro de los Reyes; pues debiendo de ser trasladada el Arca del Señor, de la casa de Abinadab á la de Obededom, cuenta, que (3) «*David y todo Israel danzaban delante del Señor, con toda suerte de instrumentos de madera, cítaras,*

(1) Tollite arcam foederis, et septem alii sacerdotes tollant septem jubiliorum buccinas, et incedant ante arcam Domini. Ad populum quoque ait. Ite et circuite civitatem armati procedentes arcam Domini. Josue 6. 6, 7.

(2) Afferamus ad nos... arcam foederis Domini, et veniat in medium nostri, ut salvet nos de manu inimicorum nostrorum. I Reyes 4, 3.

(3) David autem et omnis Israel ludebant coram Domino in omnibus lignis fabrefactis, et cytaris, et liris, et tympanis, et sistris, et cymbalis. II Reyes 6, 5.

liras, tambores, sistros y címbalos. Después que hubo permanecido el Arca del Señor en la casa de Obededom por espacio de tres meses, deseó el rey David llevarla á su ciudad, y refieren las mismas sagradas letras que «*David llevaba consigo siete coros de músicos*» que «*danzaba con todas sus fuerzas delante del Señor*» (1) y que «*el arca era llevada con júbilo y al son de las trompetas*» (2); y así como en nuestras procesiones eucarísticas, de trecho en trecho, se ofrece al Señor el oloroso incienso en testimonio de su Divinidad, del mismo modo David «*traía consigo cuando acompañaba al Arca del Señor un becerro para víctima; y cuando los que llevaban el Arca del Señor habían dado seis pasos, sacrificaba un buey y un carnero*» (3).

Consignan además, las Sagradas letras que «*Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el Arca de Dios*» (4) ¡Oh, cuán grata debía de ser para el santo profeta semejante morada! Allí fué donde Dios le llamó para que fuera su vate fidelísimo y donde crecía en virtud, y el Altísimo era con él; pero ¡cuán dulce y gratísima debe ser la morada, en la cual habitan los que, apartados del mundo, se han entregado enteramente al servicio de Jesucristo! A la verdad, los religiosos y demás personas que habitan en los conventos, al remedar lo que hizo Samuel, deben sentir su alma colmada de dulzura, si es que no son infieles ó desagradecidos á los dones de Dios. Ellos pueden repetir con propiedad las palabras de Samuel (5): «*Habla Señor que tu siervo oye*».

«*En el Templo, decía Dios á Salomón, tendré puestos mis ojos y mi corazón todos los días*». He aquí una predicción manifiesta de la presencia continua del Sacramento

(1) Et erant cum David septem chori II Rey. 6, 12.

(2) Ducebant arcam Domini in júbilo, et in clangore buccinæ, id 15.

(3) Et erat cum David victima vituli. Cumque transcendissent qui portabant arcam Domini sex passus inmolabant bovem et arietem, II Reyes 6, vv. 12 y 13.

(4) Samuel dormiebat in templo Domini ubi erat arca Dei I. Reyes. 3, 3.

(5) Loquere Domine, quia audit servus tuus. id, 10.

santo en la Iglesia Católica, pues aunque por estas palabras parece que Dios hacía al rey sabio una promesa absoluta, sin embargo no lo era, puesto que dependía de la perseverancia de los israelitas en la observancia de la ley del Señor; no obstante, dice el texto: «*todos los días*», palabra que entiende S. Alfonso de Ligorio de la Eucaristía, en el sentido espiritual, según el que, nuestro amoroso Jesús tiene en el Sacramento puestos sus ojos para ver nuestras miserias, y también su corazón para amarnos con singular afecto.

Con objeto de que no ignoremos cual sea el respeto y temor grande que debemos de tener al sagrado templo donde mora la Eucaristía, aprendamos del segundo libro de los Macabeos, que nos refiere lo que aconteció á Heliodoro y compañeros suyos, por haber profanado y robado las alhajas del templo del Señor, grandiosa figura del templo de los cristianos. Tenía á la sazón el gobierno de aquel templo, Simón, de la tribu de Benjamín, el cual dió cuenta á su gobernador Apolonio de la suma de dinero y alhajas que guardaba el templo del Señor. Apolonio dió aviso de esta noticia á su rey, quien mandó á Heliodoro, su ministro de Hacienda, transportar á su casa todo aquel dinero. Heliodoro se propone llevar á ejecución la sacrílega orden de su señor, á cuyo fin se llega á Jerusalén. Pregunta al sumo sacerdote Onías, si tenía guardado el capital; Onías le contesta afirmativamente, pero añade que los dineros eran unos depósitos y alimentos de viudas y huérfanos, por cuya causa no podía defraudar á aquellos que los habían depositado en el lugar santo. Heliodoro, no obstante, desoye tan justa proposición y se atreve á entrar en el templo; mas he ahí, que, al estar ejecutando el acto sacrílego, aparece un furioso caballo montado por airoso jinete; dirígese á Heliodoro, se arroja impetuosamente sobre él, y tanto éste como los cooperadores al robo, derribados en el suelo y sobrecogidos de espantoso terror, se desmayan. Aparecen finalmente dos mancebos de varonil hermosura quienes, colocándose uno á cada lado de Heliodoro, le azotan cruelmente y le

arrojan del templo con grande ignominia, terminando aquella espantosa tragedia con la confusión más horrible de los delincuentes. ¡Terrible castigo para los profanadores del santo templo! Y si estas penas fulminó Dios contra los que cometieron abominaciones tales, en un lugar donde el Señor no residía más que en figura ¿qué lamentables daños no causará su justicia vengadora á los que los perpetren en su santuario Eucarístico? Horroricémonos ante semejante espectáculo y escarmentemos en cabeza ajena; teniendo presente que, el reverenciar los templos del Señor, no es puramente una acción devota que depende de nuestra mayor ó menor veneración hacia Dios, sino que además de ser muy natural, el que los súbditos y vasallos estén en silencio y mesura en el palacio de su Rey, es también un precepto impuesto por el mismo Dios á los hombres, según lo hallamos en el Levítico cuando nos dice: «Guardad mis sábados y temed mi santuario. Yo el Señor» (1).

(1) Sabbata mea custodite, et sanctuarium meum metuite: Ego Dominus. Levit 19, 30.



CAPÍTULO V

La dulzura de la Eucaristía y el sacerdocio de la Nueva Ley, vaticinados por las santas escrituras mencionadas.

I

Es una verdad de fe teológica, enjugadora de muchas lágrimas, que Dios, al mismo tiempo que infinitamente justo, lo es también misericordioso, en tanto grado, que (1) «la tierra está llena de su misericordia,» atributo que, según enseña la Madre de Dios, pasa (2) «de generación en generación sobre los que le temen». En este inmenso océano de la misericordia del Altísimo, se descubre una suavidad tan deliciosa, percibida por aquéllos que acaba de expresar la Virgen María, «los que temen al Señor,» que es imposible á la inteligencia humana concebir y á la rastrera lengua ponderar. Esta agradable suavidad la sintieron los Patriarcas y los Profetas y todos los que de veras amaron á Dios. Por eso, en los libros santos, la describen, inspirados por el Espíritu Divino, declarando proféticamente aquellas dulzuras inefables que el Cordero immaculado había de conceder á los hombres por medio del Sacramento augustísimo. Pero veamos que es lo que dichas sagradas Letras nos anuncian.

(1) Misericordia Domini plena est terra. Ps.

(2) Et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum. Luc. I 50.